

Desde la Puerta del Sol



La Puerta del Sol madrileña, en la que se encuentra el punto kilométrico 0 de España, creemos es un buen enclave para formalizar un juicio de lo que pasa en el país, lo que podemos alargar a Hispanoamérica y al resto del mundo. Con esa idea nos hemos situado junto el oso y el madroño, desde donde saludar a nuestros amigos

Número 247 – martes 24 de diciembre de 2019



Sagrada Familia (Escuela de Rafael). Monasterio de Nuestra Señora de Gracia. Madrigal de las Altas Torres (Ávila)

Feliz Navidad a todos nuestros amigos y lectores.

Que el Niño Dios los ilumine en estas fechas y consigan la paz que para todos los españoles deseamos.

Y, si templan la voz, que no dejen de cantar un alegre villancico: ¡Ha nacido Dios!

Paz en la Navidad

Emilio Álvarez Frías

Aunque en todo momento es tiempo para que nos preocupemos de las miserias que hemos de vivir cada día, de los problemas que continuamente surgen en cualquier parte de nuestro mundo, del hambre que persiste en algunos lugares y que somos incapaces de remediar, de las ambiciones de unos, de las tropelías de otros, de tanta guerra innecesaria, de lo obtuso que suelen ser el comportamiento de los gobernantes, de la falta de amor del que hacen gala los mortales que estamos citados a encontraremos más pronto o más tarde en el mismo lugar... bien merece que nos demos un descanso, no de trabajo, pues esto es difícil, sino de pensar en las mismas cosas que constantemente nos dominan. Y, a cambio, dediquemos unas horas a disfruta de la fiesta más importante del año, la conmemoración del nacimiento del Hijo de Dios que vino, por designio del Padre, a espabilarnos un poco y a intentar meter en nuestra dura mollera que habíamos nacido para el amor entre unos y otros, y no para estar en permanente rencilla.

En este número:

- ✚ ¡Feliz Navidad!
- ✚ Paz en la Navidad, Emilio Álvarez Frías
- ✚ Vísperas de la Navidad, Manuel Parra Celaya
- ✚ La sibila de Augusto y la Virgen del Aracoeli. Una historia de Navidad, P. Javier Olivera Ravasi

Y, aprovechando ese receso, pensemos un poco en lo que tenemos olvidado, para lo cual aportamos lo que hemos preparado para otro fin, pero que no viene mal en este momento:

El mundo cambia, no se puede dudar. Pero lo que cambia es nuestro mundo al que vamos modificando a medida que van transcurriendo los años. Sin duda esos avances nos permite mejorar la forma de vivir nuestra vida, fundamentalmente en lo material pues nos hace más llevadera y cómoda la existencia y prolonga el tiempo en el que permanecemos en el satélite Tierra, el astro que nos ha tocado de entre los que, con las estrellas, conforman el cosmos.

Mas no avanzamos en cuanto a la vida espiritual que deberíamos vivir de acuerdo con las pautas que nos transmitió Jesús de Nazaret, por encargo del Padre, y que deben constituir la base del devenir de cada día. Las hemos ido dejando por el camino, las hemos olvidado porque hemos preferido seguir otras directrices más cómodas, y relativamente más gratificantes.

Da la sensación de que Dios nos ha dejado de su mano, y que nosotros lo hemos aceptado sin replicar. Así, ahora, cuando llega el

tiempo en el que cada año celebramos la Natividad del Niño Dios, en vez de tomarnos este acontecimiento desde lo religioso, como resultaría lógico, lo hacemos desde el punto de vista más agnóstico.

Y olvidamos que tiene lugar una vez más la celebración de la llegada del Hijo que nos envía el Padre para ponernos en forma, para recordarnos, con enorme paciencia, por dónde debemos ir.

Pero no, damos de lado el origen de la celebración y nos buscamos un sustituto que llamamos Papá Noel, o Santa Claus, o San Nicolás en el mejor de los casos, y en torno a estas figuras creadas por nuestra imaginación celebramos todo tipo de eventos, nos felicitamos ampliamente, intercambiamos regalos, llenamos las calles de luces, y tiene lugar la gran ceremonia de la publicidad, los escaparates de todo tipo, llegando al último jubileo de la venta por correo para, ni siquiera, molestarnos en buscar lo mejor, lo más bello, lo más representativo.



Nacimiento español contemporáneo con figuras policromadas

¿Es esto la esperada Navidad? ¿En esto ha quedado? Parece ser que sí. Da la sensación de que hemos dejado al Hijo del Hombre, una vez más, olvidado en el pesebre, como hace veinte siglos.

Pero, aunque seamos pocos, cantemos villancicos los que quedemos, saquemos del refajo nuestra alegría, bailemos ante el pesebre y renovemos en nuestro corazón al Jesús de Nazaret que, de nuevo, está naciendo en nuestro interior.

Vísperas de la Navidad

Manuel Parra Celaya

A pesar de la que está cayendo –o precisamente por eso– comencé a su debido tiempo mi particular y familiar preparación de la Navidad, con el fin de ir preparando el ánimo y de que, en su momento, no se me indigesten los turronecillos, cosa muy probable si me dejo arrastrar por ese espectáculo circense en que se ha convertido España.

Lo primero, por supuesto, fue construir el Pesebre (o, mejor dicho, los pesebres, pues se me sumaron dos *corporativos* a los que no me podía negar). Para ello, siempre tengo en cuenta el pistoletazo de salida navideño que representa el 8 de diciembre e intento cerrar los ojos a la parafernalia de escaparates, grandes superficies y luces que pretenden adelantar la fiebre del consumo a noviembre, justo al retirar los monstruosos disfraces del estúpido Halloween; es el 8 de diciembre, día de la Inmaculada Concepción, patrona de España y de la Infantería, cuando se empieza a



Nacimiento de madera guatemalteco. Sobre el instrumento marroquí de percusión, nacimiento mejicano de palma en figuras minúsculas



Nacimiento Peruano

divisar la Estrella en el horizonte y se vislumbra, a lo lejos, a María, encinta sobre el asnillo, y a José, para cumplimentar el Censo decretado por Augusto...

También ese día se celebraba antaño el Día de la Madre, hasta que los avisados comerciantes y dos o tres obispos se empeñaron en trasladarlo, al modo americano, al mes de mayo; ya

sabe el lector veterano de estas líneas que no hago caso ni de aquellos ni de estos, y me empecino en la celebración clásica, en homenaje a mis tiempos de *flecha*.

Volviendo al Pesebre, diré que es de factura tradicional, con todos los elementos propios de tal (corcho, musgo, agua corriente, figuras del Misterio y escenas campesinas...); no incluí en él tratos viejos, al modo de ese que ha instalado la señora Colau frente al

Ayuntamiento de Barcelona y que no ha costado a los contribuyentes más de 90.000 euros.

En la decoración del domicilio prescindí conscientemente –por *decoro*– de papanoeles y renos, que no pintan nada en estos lares; tampoco acudí ni por asomo a la moda de personalizar la figura del *cagané*, pues no quiero que las caricaturas de Sánchez, Torra, Junqueras o Puigdemont me los recuerden ni de lejos en estas festividades.

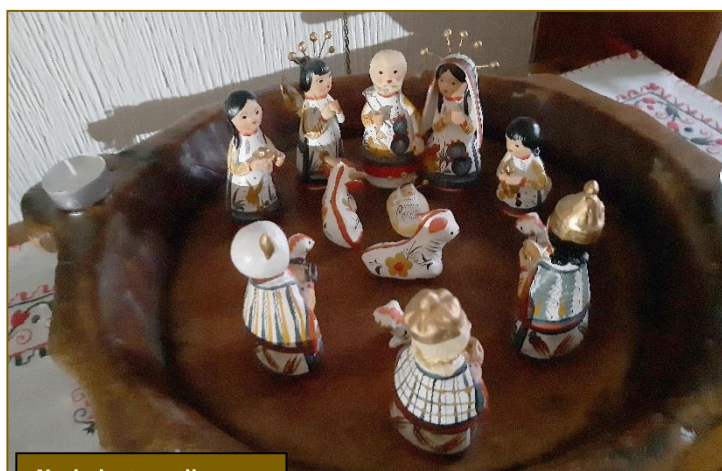
En punto a las noticias exteriores, desde ese día inaugural, me he limitado a estar al día, lo imprescindible para no adoptar la pose de un extraterrestre; pasé olímpicamente de la Cumbre del Clima, en parte por desconfianza en cuanto a propuestas racionales



Nacimiento en madera, figuras grandes, origen probablemente africano

surgidas de la reunión de *expertos y responsables* (los resultados me han dado la razón), en parte porque me revientan los mensajes apocalípticos de tinte cientifista; confesaré también que me cae muy gorda esa *niña del exorcista*. Entre las nuevas que me llegaron en otro orden de cosas, me causó tristeza el caso de ese alumno sancionado por decir *viva España*; si llega a decir *arriba*, le aplican la Ley de Memoria Histórica y le cae encima la del pulpo...

Voy supliendo la lectura atenta de la prensa –con esas conversaciones y contactos, tanto los publicados como los *secretos*, del presidente en funciones con los separatistas– con relecturas relativas a la Navidad. Así, abrí boca con el cuento *Villancico y Pasión*, del libro *Flor de Leyendas* de Alejandro Casona; ya abierta la veda poética, repasé los maravillosos versos de Aquilino Duque en sus *Doce días de año en año* y los *Cuentos de Navidad* de José María Sánchez Silva, de quien nadie quiere acordarse acaso porque fue un escritor de camisa azul; y, para reír a gusto, no olvidé los *Cuentos navideños políticamente correctos*, de James Finn Garner, que deben poner de los nervios a feministas, animalistas y demás tropa, en el caso de que sepan de su existencia.



Nacimiento mejicano

Pero no olvido que la Navidad es, por encima de todo, una celebración cristiana: nada menos que el recuerdo del nacimiento del Hijo de Dios, encarnado para redimir a la humanidad, incluidos nuestros políticos; y esta celebración está muy por encima de las ñoñerías de las amables comedias made in Hollywood. La Navidad es época de alegría profunda y de reflexión; y de conversión, como dice la

Iglesia cuando se centra en el mensaje divino, como es su obligación. Lo tradicional, lo familiar, los abrazos de amistad, tienen en ese sentido cristiano su justificación, y todo lo demás deviene en accesorio.

Aunque sube mucho ruido de la calle, aunque las incertidumbres de la cosa pública puedan alterar nuestros corazones, concedámonos una pequeña tregua de tranquilidad aní-

mica, *acudamos a lo eterno*, como dijo Calderón, vivamos intensamente esta Natividad y aprestémonos a elevar nuestras oraciones al Recién Nacido, para que su Providencia nos lleve paulatinamente a mejores situaciones de convivencia, de paz y de unidad en esta realidad de siglos que se llama España, por mucho que pretendan mantenerla en su situación actual de circo.

La Sibila de Augusto y la Virgen del Aracoeli. Una historia de Navidad

P. Javier Olivera Ravasi *(Que no te la cuenten)*

Octavio «Augusto», tomó su apelativo del verbo latino *augeo* que significa aumentar (fuente del sustantivo *auctoritas*); reuniendo en su persona todos los poderes correspondientes al cónsul, censor, tribuno, Sumo Pontífice, Príncipe del Senado, y finalmente el *Imperium* o supremo poder militar, se volvió el hombre más poderoso del mundo occidental, al punto tal que, el Senado, decidió concederle el título de *divus* es decir, de «dios».

¿De dónde le venía tanta fama?

Ya para nuestra era cristiana Roma había logrado dominar a las poblaciones limítrofes; los territorios conquistados se encontraban organizados pacíficamente respetando la diversidad de culturas y religiones existentes, consolidándose así lo que se conoce con el nombre de la *PAX ROMANA*: un período pacífico donde el Imperio se hallaba sin guerras, dando inicio así a una época próspera en todo sentido.

La *pax romana* se significó por medio de una antigua tradición: desde la época de la monarquía, en los orígenes de Roma, se había erigido el templo de Jano, que entre otras atribuciones, señalaba los tiempos de guerra y de paz: si el templo estaba abierto, había guerra en algún rincón del mundo romano; y habitualmente siempre había guerra... El gran historiador de Roma, Tito Livio, narra sin embargo, en su *Historia de Roma* que sólo en dos momentos había permanecido cerrado; Horacio y Virgilio también hablan de la clausura del templo de Jano después de la batalla de Actium, al instaurarse la *pax augustea*. La clausura de sus puertas señalaba siempre el inicio de una era pacífica.



Nos encontramos en el año I de nuestra era; el templo de Jano está cerrado en Roma y, en algún lugar del Imperio, en la lejana provincia de Judea un Niño está por nacer; un niño que será llamado *Príncipe de la Paz*.

Todo período pacífico traía una gran prosperidad y florecimiento del comercio, de las industrias, del arte. Tan es así que existía por entonces un superávit en la economía imperial por el que Octavio «Augusto», había mandado realizar un censo general en el Imperio para poder analizar las políticas a seguir; fue por este censo que San José y la Virgen María debieron trasladarse desde Nazaret a Belén (unos 170 km.) por ser éste el lugar de domicilio de la familia paterna (Lc 2,1). El censo determinó, entre otras cosas, la cantidad de pobres, de allí que el emperador decidiera regalar un denario de oro a cada indigente, a raíz de la abundancia en la que vivía el Imperio.

El buen gobierno de Augusto, la consolidación de Roma con sus caminos, su orden y hasta su lengua común (el griego *koiné*, no el latín), harán que el cristianismo primitivo se diseminase como reguero de pólvora luego de la Ascensión del Señor.



En cuanto a la divinización de Augusto, es difícil entender su verdadero sentido; Octavio Augusto jamás pensaba que su naturaleza fuese más que humana... ¿Qué se buscaba con ese título de «divus» entonces? Quizás más bien la sustancialidad de Roma, su «eternidad» simbolizada en la persona del César. No se trataba propiamente de una divinización de un hombre, sino la «divinización» del Imperio o de la Patria, a la que se veneraba en la persona del emperador (será justamente contra este culto al emperador que los primeros cristianos dirán su «*non possumus!*» –«no podemos»– al obligárseles rendirle culto como a un dios).

Tan grande era el éxito de Augusto que el Senado, como decíamos, quiso concederle este título. Augusto, recatado y circunspecto como era,

se negó tres veces a pesar de que la literatura romana contemporánea comenzaba a forjarle una «doble naturaleza» al considerar su obra como un don de la divinidad.

Hay un episodio, sin embargo, que es digno de ser narrado y que se encuentra en una antiquísima tradición reportada tanto por Lactancio (240 d.C.) como por el libro *Mirabilia Urbis Romae* que recopila las tradiciones de Roma:

En el tiempo del emperador Octavio viendo los senadores tanta prosperidad y paz y que todo el mundo le era tributario, le dijeron: «Te queremos adorar porque en ti está la divinidad; si esto no fuese así, no te sería todo propicio». Pero él se opuso.

El emperador se oponía a la «divinización» por lo que, para tener mayor certeza de su decisión, pensó consultar a la sibila de Tibur.

Las sibilas eran en la Antigüedad grecolatina mujeres excepcionales, que dotadas del don de profecía, eran consultadas en las grandes dificultades públicas recomendando soluciones, acompañadas de ceremonias religiosas y expiaciones colectivas. Italia conoció dos sibilas ubicadas en su territorio: la de Cumas en el golfo de Nápoles y la de Tibur (hoy Tívoli, a unos 40 km. de Roma) a quien Augusto consultará. Como las más famosas eran doce, con el tiempo serán emparejadas con los 12 profetas menores como anunciadoras del Mesías en el mundo pagano (es por eso figuran en numerosas iglesias, como, por ejemplo, en la misma Capilla Sixtina).

Dirigiéndose entonces a Tívoli, Augusto narró a la sibila el deseo de los senadores. Tomándose unos días de riguroso ayuno e invocando a los dioses, al cabo de tres días la sibila se dirigió hacia Augusto y le narró algo maravilloso:

Emperador, esto es lo que ocurrirá: del cielo vendrá un rey para los siglos futuros, aunque hecho hombre, para juzgar al mundo. De improviso el cielo se abrió y un esplendor grandísimo inundó todo. Se vio en el cielo una virgen bellísima con los pies sobre un altar con un niño entre los brazos. (Augusto) se maravilló en extremo y escuchó una voz que decía: «Esta es el ara del hijo de Dios». Entonces prostergándose en tierra lo adoró. Luego contó esta visión a los senadores que mucho se maravillaron. Esta visión ocurrió en la habitación del emperador Augusto, donde ahora está la iglesia de Santa María en el Capitolio. Por esta razón, la iglesia de Santa María se denominó Ara del cielo.

Del texto anónimo de las *Mirabilia* se conocen dos versiones, una oriental del s. V d.C. insertada en griego en el *Lexicon* de Suidas, y otra occidental en latín un poco posterior con leves variantes; en la versión oriental, la sibila explicándole al emperador la visión, agrega:

Esta es una joven virgen que es altar celeste y el niño que tiene en su seno, es el rey del cielo y de la tierra.

La visión habría ocurrido, según otros documentos, el día mismo de la primera Navidad del mundo.

Ya sea el «altar del cielo» la Santísima. Virgen María o la piedra donde se posó la Virgen que quedó como testimonio histórico del acontecimiento, es este episodio el origen del



topónimo «Aracoeli» del templo romano «Santa Maria in Aracoeli» que se encuentra hoy en el Capitolio romano, detrás del monumento dedicado a Vittorio Emanuele II, donde antes existía un monasterio benedictino.

¿Qué hizo, pues, el emperador?

Decidió honrar la celeste aparición levantando un templo junto al de Juno Moneta o conectado con él, donde comenzó la veneración de la «doncella madre» y de la piedra donde se posó con la denominación de Ara Primogeniti Dei («altar del primogénito de Dios»).

El mismo Virgilio, poeta del imperio, en proféticas palabras lo dejó plasmado en su *Égloga* IV, quizás sin saber bien lo que decía:

Ya del canto de Cumas llega la edad postrera
Ya de nuevo nace un gran orden de siglos
Ya vuelve también la virgen, vuelven los reinos de Saturno
Ya una nueva progenie es enviada desde lo alto del cielo [5].

¿Se dejó Augusto «divinizar»? Finalmente sí pues el argumento del oráculo no fue suficiente para los políticos; sin embargo, en algún lugar del imperio, Dios estaba naciendo para partir en dos la historia.